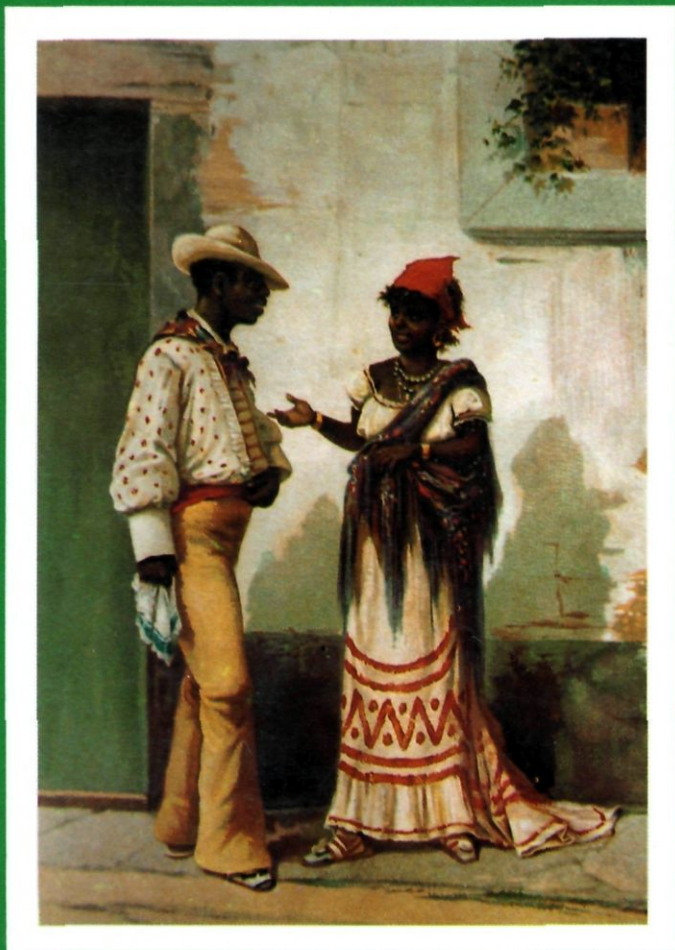


CULTURA AFROCUBANA

1

EL NEGRO EN CUBA, 1492-1844



JORGE CASTELLANOS

ISABEL CASTELLANOS

Esta obra es no sólo una historia detallada del negro cubano desde 1492 hasta 1959 sino, además, un estudio del origen y desarrollo de esa peculiar cultura que florece en Cuba como resultado del encuentro económico, político y social de la población procedente de África con la proveniente de Europa.

Más que el estudio del modo de vida de una «raza» encontramos aquí un análisis histórico, antropológico y lingüístico del poderoso movimiento transculturativo que en casi medio milenio de fermentación ha culminado en el surgimiento de la nacionalidad cubana, de la cual lo *afrocubano* constituye un factor fundamental.

Pone este libro en claro cómo a pesar de los horrores de la trata y de la esclavitud, por mil caminos distintos, blancos y negros lograron superar las diferencias que los separaban para abrazarse fraternalmente en la «manigua irredenta» en una Guerra de Treinta Años (1868-1898) por la independencia, la democracia y la igualdad. Y cómo en la República, pese a innumerables contratiempos, se continuó luchando contra los residuos del pasado esclavista.

El propósito de los autores es básicamente introductorio, aunque algunos temas insuficientemente explorados —como el abolicionismo criollo, para citar un caso— han recibido la detallada atención que merecen.

La obra consta de dos partes. La primera recapitula la presencia *histórica* (demográfica, económica, política, social) del negro en la Isla. La segunda aborda el tema de la presencia *cultural* del negro (su religión, su lenguaje, su música, su arte, etc.) y sus influencias sobre la sociedad cubana en general.

La extensión del texto ha obligado a dividirlo en tres tomos. El primero, que estudia el proceso histórico del negro desde el Descubrimiento hasta la Conspiración de La Escalera (1492-1844) es éste que el lector tiene en sus manos. El segundo —historia de la población cubana «de color» de 1845 a 1959— está ya en prensa. El tercero, un estudio descriptivo de todos los aspectos básicos de lo afrocubano y sus relaciones con la cultura cubana, se halla en avanzado proceso de preparación y muy pronto será dado a la estampa.

Para Olga,
con el cariño de
siempre, Isabeleta.

CULTURA AFROCUBANA

1

(El negro en Cuba, 1492-1844)

COLECCIÓN ÉBANO Y CANELA

EDICIONES UNIVERSAL. Miami, Florida, 1988

JORGE CASTELLANOS & ISABEL CASTELLANOS

CULTURA AFROCUBANA

1

(El negro en Cuba, 1492-1844)



**P.O. Box 450353 (Shenandoah Station)
Miami, Florida, 33145, U.S.A.**

© Copyright 1988 by Jorge Castellanos & Isabel Castellanos

Library of Congress Catalog Card No.: 87-83071

Portada: Grabado de Víctor Patricio de Landaluze, 1881

I.S.B.N.: 0-89729-462-9 (obra completa)

I.S.B.N.: 0-89729-463-7 (tomo I)

Depósito Legal: B. 13.818 - 1988

Impreso en España

Printed in Spain

Impreso en los talleres de artes gráficas de EDITORIAL
VOSGOS, S.A. Avda. Mare de Déu de Montserrat, 8, 08024.
BARCELONA - España

*A la memoria de
María Teresa de Rojas
y a
Lydia Cabrera,
que abrieron el camino.*

El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenece a una raza u otra: dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos... No hay odio de razas, porque no hay razas... Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad.

JOSÉ MARTÍ

La Revolución no tiene color.

ANTONIO MACEO

Yo sólo creo en una raza: la humanidad.

MÁXIMO GÓMEZ

Las almas no tienen raza.

FERNANDO ORTIZ

INTRODUCCIÓN

*Dios hizo al blanco y al negro
sin declarar los mejores,
les mandó iguales dolores
bajo de una misma cruz...
Blanca la cara o retinta
no habla en contra ni en favor,
de los hombres el Creador
no hizo dos clases distintas.*

«MARTÍN FIERRO»

Si, como afirman muchos autores, un negro vino con Cristóbal Colón a América en su primer viaje, el contacto inicial de Cuba con África —muy leve, como se ve— tuvo lugar en 1492. Luego, tan pronto la Isla fue conquistada por Diego Velázquez, esas relaciones se intensificaron. Y desde el siglo xvi el negro africano y sus descendientes forman parte inseparable de la sociedad cubana. Inevitablemente debía producirse —y se produjo— entre europeos y africanos un continuo e intenso proceso de intercambio, de toma y daca. Proceso que Fernando Ortiz resumió en el neologismo *transculturación*. Esa realidad histórica y sociológica constituye el tema central de esta obra. No se trata de hacer aquí un estudio sobre el modo de vida de una «raza», sino de meditar sobre el encuentro de dos culturas. Lo que nos importa destacar no son las periféricas diferencias adjetivas entre dos grupos humanos (color de la piel o tamaño de la nariz) sino analizar las formas diversas en que esos europeos y esos africanos (amos y esclavos) tuvieron que adaptarse en Cuba a sus peculiares circunstancias geosociales y acomodarse al fin, por lo menos parcialmente, tras centurias de conflictiva y forzada convivencia.

A partir del siglo pasado y, sobre todo, del presente, una legión de investigadores ha prestado su atención a distintos aspectos de la presencia negra en la Gran Antilla: ya en la economía, ya en las relaciones sociales, en la religión, en la literatura, en la música, etc. La enorme cantidad y dispersión de esos trabajos en libros, folletos, ensayos, tratados, monografías, artículos de revistas y de periódicos, etc., —a más de la cuantiosa documentación en los archivos— está demandando una obra de síntesis tan escueta (pero tan completa, a la vez) como sea posible sobre ese complejo e interesantísimo asunto. Al intentarlo aquí no hemos querido ofrecer una simple compilación de datos y opiniones. Hemos preferido ofrecer una visión coherente y sistemática (a la vez que personal) de las cuestiones que ese enorme cúmulo de materiales plantea. Siempre con un propósito panorámico, con una voluntad de resumen, con un empeño modestamente introductorio. Sólo cuando

algún costado nos ha parecido insuficientemente explorado y esclarecido nos extendemos en su tratamiento e indagación, como sucede, para citar un solo caso, con el problema del movimiento abolicionista criollo, cuyo vigor se ha negado tantas veces, sencillamente porque no se le conoce. (Esto, entre paréntesis, explica por qué el capítulo IV de este tomo y el I del siguiente exceden en volumen desproporcionadamente a los otros.)

No se ocultan a los autores las ambigüedades que aquejan a los dos términos básicos de su título. A las precisiones teóricas de este complejo tópico dedicaremos todo un capítulo. Pero como éste pertenece a la segunda mitad de la obra resulta necesario que —aun a riesgo de parecer dogmáticos— adelantemos ahora lo que sigue. Tomamos el término *cultura* en su acepción antropológica más amplia: como todo aquello que el hombre *crea* en sus reacciones contra el medio natural o social que lo rodea, desde la maza prehistórica a la bomba atómica contemporánea, desde la plegaria hasta el asesinato. Cultura implica pues todo un rico complejo de objetos materiales y espirituales que incluye, entre muchos otros, la tecnología y la religión, los hábitos del vivir cotidiano y las altas realizaciones de la mente. Nuestro énfasis caerá sobre aquellos factores culturales en que la presencia negra ha sido mayor, sobre todo la religión («reglas» o cultos diversos) y su influencia sobre el lenguaje, la literatura y las artes en Cuba.

En cuanto a lo *afrocubano*: estamos convencidos de que sólo puede comprenderse plenamente la cultura cubana si se le considera como un *continuo* con dos *polos* en incesante interacción e interpenetración: el europeo y el africano. Con base fundamentalmente europea (hispanica), pero permeada por inevitables afluencias de la cultura de origen africano con que convivía, va surgiendo desde el siglo XVI una *cultura cubana*, en cuyo seno funcionaban los dos polos a que hemos hecho referencia: en un extremo, esa mezcla de lo europeo y lo insular, que podemos llamar complejo o polo *eurocubano*, y en el otro, la mezcla de lo eurocubano con lo africano, que podemos llamar complejo o polo *afrocubano*. Este *continuo* pudiera representarse así (aunque la realidad es mucho más compleja de lo que este esquema parece implicar):



El esclavo, cuando llegaba a Cuba, no entraba en contacto directo con la cultura europea pura sino con ese polo *eurocubano* que iba a modificarle la cultura que traía de África. En la sociedad insular el polo *eurocubano* (fundamentalmente hispánico pero con modificaciones criollas, que incluían influencias afrocubanas más o menos importantes) siempre era considerado como el modelo cultural superior. La clase dominante trataba de imponérselo al resto de la población. El otro extremo, el *afrocubano* era estigmatizado: se le miraba como el elemento primitivo, como el ancla, como el peso muerto de la sociedad cubana. Ya veremos que no es sino bien entrado el siglo XIX cuando esta actitud desvalorizadora (con la obra de Martí, por ejemplo) comienza a rectificarse. Tradicionalmente ha predominado en Cuba una tendencia a contraponer la *cultura cubana* a la *cultura afrocubana*, como si esta última fuese un factor ajeno, extraño y hasta nocivo dentro del conglomerado cultural criollo. Ese es el peligro que conlleva el uso del término *cultura afrocubana*. En realidad, no puede hablarse de una cultura afrocubana distinta de la cultura cubana. Lo correcto es referirse al polo afrocubano de la cultura cubana general. Si nosotros usamos esa expresión en nuestro título es por mero afán de simplicidad terminológica (de otro modo tendríamos que llamar a nuestro libro *Introducción al estudio del polo, extremo o complejo afrocubano que opera dentro de la cultura cubana*, lo que será más exacto, pero también es muy pesado e incómodo). Además nos inclinamos un tanto bajo el peso de la tradición lexicográfica que emplea ese término constantemente. Queremos, sin embargo, insistir que al hablar de *cultura afrocubana* no hacemos otra cosa que referirnos a un elemento comprendido *dentro* de la cultura cubana. A un ingrediente de la misma.

En ese polo *afrocubano*, donde lo afro predomina sobre lo criollo, se van a producir fenómenos transculturativos de tanta entidad e influencia como las llamadas «reglas» o cultos sincréticos afrocubanos (lucumí, congo, etc.), en lo religioso, y el denominado lenguaje *bozal*, en lo lingüístico. Entre el extremo afro-cubano y el eurocubano, formando un *continuo*, es decir, una suerte de espectro, se distribuye la población toda de la Isla, que se acerca más o menos a cada uno de los polos, según se vea afectada por cada uno de los innumerables factores que en su lugar estudiaremos. El esclavo recién llegado estaba más pegado al polo afro-cubano que al eurocubano. No aprendía el español criollo, sino el bozal y poco a poco modificaba sus prácticas religiosas adoptando los ritos sincréticos insulares. El peninsular recién llegado se situaba al otro extremo. Y si el hijo del esclavo olvidaba el bozal, el hijo del español perdía las zetas y las jotas

de su padre y agregaba a su habla el léxico del país. Cada cubano, en cada momento de su vida, ocupa un lugar intermedio en el *continuo*. Tan cubano es el católico ortodoxo como el que practica la regla Kimbisa. Tan cubano el que prefiere bailar *El Lago de los Cisnes* como el que se inclina a mover la cintura en un *bembé*. Y hay que insistir en que esos dos polos distan mucho de constituir entidades fijas, enquistadas, inmutables. Por el contrario, ambos son extraordinariamente lábiles. Ambos cambian sin cesar bajo la influencia de los elementos culturales diversos que los nutren.

En cada momento histórico los polos son ligeramente diferentes. El complejo *eurocubano* recibe constantemente los aportes de Europa (a través de España) y de África (a través del complejo *afrocubano* que lo rodea). A su vez, el polo *afrocubano* recibe incesantes aportes de África (por lo menos, mientras dura la trata, es decir hasta la década de 1860-70) y de Europa (a través fundamentalmente del elemento hispánico contenido en el complejo *eurocubano* que lo cerca). Los intercambios jamás cesan entre los polos. Los préstamos y sincretismos son inevitables. El amo criollo come ñame y quimbombó y el esclavo bozalón identifica a Ochún con la Virgen de la Caridad. El negro pierde por fin definitivamente el bozal y usa el español típico del país y el blanco le enciende velas a San Lázaro-Babalú Ayé para que le cure una dolencia o asiste a «misas espirituales» donde los «seres» le hablan y le aconsejan en bozal, a través de intérpretes blancos o negros. Hay más: una persona situada cerca de un extremo puede moverse hacia el otro debido a un cambio de circunstancias. Por ejemplo, un blanco culto, con escaso contacto inicial con lo afrocubano, puede en su edad adulta convertirse a la regla de Ocha y raparse el pelo para iniciarse en ella (los autores conocen de numerosos casos como éste en el exilio). Con el tiempo esa persona irá cediendo el puesto de su *Weltanschauung*, de base fundamentalmente europea, a la otra, de base fundamentalmente africana. O al revés, cuántas veces no hemos visto a un mulato despojarse, en todo lo que puede, de lo afrocubano aprendido en la cuna, en su afán por subir en la escala social. En cada caso hay un movimiento de un lugar del *continuo* a otro. Estas transiciones son posibles porque ambos complejos culturales o polos extremos son mestizos, como lo es la cultura cubana de que forman parte. Y esa interpenetración polarizada siempre contiene los elementos opuestos de los cuales pueden hacerse préstamos. En lo colectivo, el proceso de mestizaje se mueve al ritmo del devenir histórico y de los avatares del destino nacional.

Si queremos entender la esencia de la cultura cubana, pues, es

indispensable ir a la historia del negro, porque en Cuba ésta es inseparable de la historia del blanco. Y después se hará necesaria una labor descriptiva sistemática de todos los aspectos básicos de lo afrocubano para calibrar su influencia sobre la cultura cubana en general. Eso es lo que intentamos hacer en esta obra. Y de ahí que conste ella de dos partes. La primera trata de recapitular la presencia *histórica* (económica, política, demográfica, social) del negro en la Isla, hasta el primero de enero de 1959. La segunda parte aborda el tema de la presencia *cultural* del negro (su religión, su lenguaje, su música, su arte, etc.) y sus influencias transculturativas. Pese a nuestros esfuerzos de síntesis, la extensión de la obra nos ha obligado a dividirla en tres tomos. El primero, que estudia el proceso histórico del negro desde el Descubrimiento (1492) hasta la Conspiración de La Escalera (1844), es éste que el lector tiene en sus manos. El segundo, dedicado a la historia de la población «de color» desde 1844 a 1959 está ya en la imprenta. El tercero, que cubre la segunda mitad de nuestro estudio (es decir, la cultura) se encuentra en vías avanzadas de preparación y será dado enseguida a la estampa.

Son tantas las personas e instituciones que nos han ayudado en este largo empeño, que por temor a involuntarias omisiones hemos decidido prescindir de su enumeración. Sólo vamos a hacer dos excepciones para referirnos a la Biblioteca del Congreso de Washington, D.C. y a la Richter Library de la Universidad de Miami en Coral Gables, Florida. Sin el acceso a sus magníficas colecciones de materiales cubanos esta obra no hubiera podido ser escrita. A ellas —y a todos los que, de un modo u otro, han facilitado nuestra tarea— vayan aquí nuestras gracias más sentidas.

Y ahora, invocando el favor del pícaro Elegua, portero de Orúnmila (dios de los milagros) y guardián de todos los caminos, emprendamos la marcha.

Detroit-Miami, 1987